

Por el autor de *Asesinato en Roma*

WALTER ASTORI

ASESINATO EN LAS AFUERAS

UN CASO DEL CUESTOR
FLAVIO CALLIDO



UNA VILLA EN LAS AFUERAS DE ROMA. UNA SERIE DE MUERTES SOSPECHOSAS QUE PODRÍAN CAMBIAR EL DESTINO DE LA CAPITAL DEL IMPERIO.

Año 61 a. C. durante el consulado de Pisón y Corvino. El joven cuestor Flavio Callido, para reponerse de las fatigas de la vida romana, se concede algún día de descanso en la villa de su padre Espurio, que había sido un importante personaje de la escena política durante la dictadura de Sila. Cuando llega a la domus, lo que se encuentra Callido es una atmósfera muy distinta a la tranquilidad típica del campo que se esperaba. La noche anterior ha muerto Cecilia, segunda mujer de Lucio Calpurnio Bestia, uno de los ilustres invitados de Espurio junto con el excónsul Murena y con Fausta Cornelia, hija del dictador Sila. Todos los invitados creen que se trata de una muerte por causas naturales, menos Marciana, madre adoptiva de Cecilia y prima de Catón de Utica. Será Flavio Callido quien tendrá que descubrir qué se esconde detrás de la trágica muerte de Cecilia y también de la muerte de una esclava y la desaparición de un esclavo, hechos, estos últimos, que no parecen interesar a nadie. Pero descubrir la verdad podría ser más peligroso de lo que el mismo cuestor se pueda imaginar.

Este libro es una obra de ficción. El autor ha interpretado libremente los hechos históricos que narra.

A Alberto y Bruno, cuyo recuerdo quedará para
siempre

I

La villa se elevaba en las laderas de los montes Albanos. Era una construcción de dos pisos, visible ya desde lejos por el techado de tejas rojas que destacaba entre el verde de la vegetación y el azul del cielo. Hacía más de un año de mi última visita y en el lado oriental se alzaba un ala completamente nueva que había sustituido a un bosquecillo. Toda la estructura era tan imponente que casi sobrecogía.

Muchos nobles compraban y mantenían villas en las afueras solo para entretener y alojar a los amigos. Mi padre Espurio no era una excepción, aunque de boquilla decía que había decidido retirarse al campo para envejecer serenamente, lejos de las conspiraciones y las intrigas de la política romana, de las que había sido protagonista durante más de una década a la sombra del dictador Sila. Un propósito destinado al fracaso: aún tenía demasiados asuntos pendientes en Roma para dejar la ciudad para siempre.

La temprana salida de mi casa en el Palatino aquella mañana comenzaba a pasarme factura. Después de cuatro horas cabalgando ansiaba ya el reposo y los placeres que me esperaban, pero, desde el momento en que nos recibió el esclavo portero, entendí que mis propósitos también estaban destinados al fracaso.

Me dedicó una sonrisa tan tensa que por un momento tuve la sensación de que no me había reconocido. Repetí dos veces mi nombre. La segunda vez precisé incluso que era el hijo de Espurio, su amo, pero la expresión con la que me observaba apenas se suavizó. Me bastó una ojeada al atrio para darme cuenta de que algo muy grave había suce-

dido y de que sobre la casa flotaba un halo de tristeza. Detrás del impluvium habían montado un lecho funerario, sobre el cual yacía una mujer.

El esclavo siguió mi mirada y anticipó la pregunta que estaba a punto de hacerle.

—Es Cecilia —me explicó—, la esposa del noble Lucio Calpurnio Bestia. Él y el excónsul Lucio Licinio Murena son huéspedes de tu padre.

No era sorprendente que Bestia y Murena fuesen del brazo incluso durante la pausa de la actividad política de la urbe. Corrían rumores de que Bestia había financiado la campaña electoral de Murena para el consulado y de que Murena, en consecuencia, era uno de los mayores impulsores de la candidatura de Bestia para el cargo de pretor.

—Flavio... ¡ya me parecía a mí haber oído la voz de mi hijo! —exclamó Espurio saliendo del tablinum.

Iba, como siempre, impecable: del cabello peinado hacia delante, con cuidado obsesivo a la toga llena de pliegues que confería nobleza a su esbelta figura. Me ofreció el brazo libre del ropaje y, mientras lo estrechaba, noté los ribetes negros en señal de luto.

—Me alegro de que hayas podido venir a pesar de los compromisos que conlleva tu cargo. Primero magister equitum de Pompeyo ¡y ahora cuestor! En verdad sabes cómo hacer que un padre se sienta orgulloso.

Se esforzaba por sonreír, pero no lograba ocultar del todo su agitación.

—Es una pena que no disfrutemos del ambiente ideal para celebrarlo —dije señalando el lecho funerario.

—Un suceso terrible, al final de dos días bastante turbulentos —precisó Espurio, inclinando la cabeza—. Su cubículo ardió durante la noche. Y, aunque se salvó de las llamas, su corazón no soportó la tensión, y esta mañana una esclava la ha encontrado muerta. Víctima de un síncope.

—¡Qué desgracia! ¿Cómo está el esposo?

—Está muy trastornado. Aún no consigue aceptar la pérdida. Continúa repitiendo que el hado se está ensañando con él —suspiró Espurio—. Y pensar que hasta ayer era tan feliz. Cecilia y él habían adoptado oficialmente a Máximo, el joven curandero etrusco que le salvó la vida el año pasado, sanándole de una pulmonía.

—Siento haber llegado en un momento tan delicado.

Mi padre miró a mi espalda arrugando la frente.

—¿Dos personas? ¿Esa es toda tu escolta?

—Sí, mejor viajar sin llamar la atención. Padre, ya conoces a mi amigo Antonio y a Censo, el lictor a mi servicio.

Espurio movió la cabeza en señal de reprensión, pero no dijo nada más. Los nobles romanos solían desplazarse con todo su séquito de esclavos y clientes, así que no era difícil encontrar comitivas de centenares de personas en el foro o a lo largo de la vía Apia. Yo, en cambio, prefería moverme en grupos pequeños: se avanzaba más deprisa y se llamaba menos la atención de los malhechores. Además, Censo tenía los músculos y el adiestramiento adecuado para ocuparse de mi seguridad. Por la forma en que empuñaba los fasces —la segur rodeada de treinta varas de madera típica de los lictores—, estaba claro que no dudaría en usarlos contra posibles malintencionados.

Antonio, en cambio, no infundía temor por su aspecto, pero sus ojos captaban todos los detalles y era capaz de intuir cualquier peligro posible. Habíamos combatido codo con codo en la guerra contra Mitrídates y se había distinguido como uno de los estrategas más valiosos de Pompeyo.

—Imagino que estaréis cansados del viaje —añadió Espurio—. Haré que os sirvan algo de comer en el triclinio al aire libre. Después, os presentaré a mis huéspedes, aunque probablemente ya los conocáis, al menos de nombre.

Un esclavo nos guio por un largo pasillo que, desde el vestibulum, conducía al peristilo, pasando por el atrio. Figuritas de marfil procedentes de África, estatuas ornamen-

tales esculpidas en Grecia, paños orientales y mosaicos que representaban diversas deidades; dondequiera que dirigiera la vista, obtenía una idea de riqueza y opulencia. La última vez que nos habíamos visto en Roma, mi padre me había anunciado mejoras en la domus, pero no me había imaginado que iría tan lejos.

El lecho funerario sobre el que se había dispuesto el cuerpo de Cecilia no era una excepción. Por lo habitual, los nobles elegían lechos de madera con taracea de marfil. Aquel, sin embargo, estaba recubierto por completo del material ebúrneo, que resplandecía como cera.

Si el esclavo no nos hubiese advertido de que había muerto, habría podido tomar a Cecilia por una estatua. El rostro se veía palidísimo, maquillado con una mezcla de arcilla y blanco de plomo, mientras que sus párpados desprendían los reflejos verdes de la sombra de ojos. Estos estaban cerrados y, entre los labios, se entreveía la moneda ofrecida como óbolo a Caronte, el barquero del Hades. Los libitinarii habían hecho un trabajo excelente: Cecilia olía a ungüento de aceite de mirto y emanaba un aura de calma y serenidad. Llevaba una elegante estola de lino con bordados florales, cubierta por un paño púrpura bordado en oro, de cuyos bordes arrancaban pámpanos de hiedra.

Era el primer día de exposición. Aquella mañana, tras haber constatado la muerte, Bestia había susurrado tres veces el nombre de la difunta y luego le había dado un último beso. Según la tradición, el cuerpo permanecería allí una semana, durante la cual el dissignator organizaría el desfile fúnebre para escoltar el féretro hasta Roma.

Nos recostamos en elegantes triclinios de piedra con ornamentos corintios. Hacía poco que había pasado la hora sexta de una jornada encantadora. El sol estaba alto en el cielo y una ligera brisa refrescaba el aire. La temperatura ideal para una comida rápida antes de recuperar el cuerpo en las termas.

Un esclavo nos sirvió copas de vino de miel, conocido como mulsum, y otro nos trajo pollo asado en hojas de vid, acompañado de salsa de comino. La riqueza de Espurio no se reflejaba solo en la decoración de la casa, sino también en los cocineros a su servicio. El pollo estaba exquisito y la salsa, delicada y especiada, era un auténtico toque de clase.

Antonio me sonrió complacido mientras mojaba en ella una rebanada de pan de sésamo.

—Ahí viene Bestia —dijo señalando al hombre que acababa de aparecer en el atrio, junto al lecho funerario—. Si no recuerdo mal, es la segunda esposa que pierde.

Me incliné hacia delante para observarlo mejor. Lo había visto varias veces en el foro arengando a la multitud en busca de votos. Era de baja estatura, pero compensaba aquella carencia con un físico imponente y una forma de hablar tajante, en los límites de la arrogancia. Ahora, sin embargo, arrodillándose ante el féretro de la esposa, parecía menos bravucón.

—Un hombre verdaderamente desgraciado —comenté en tono alusivo para poner a prueba a mi amigo, huésped fijo de los mejores burdeles de la urbe y, por tanto, siempre al corriente de todos los chismes.

—O verdaderamente astuto —respondió Antonio, que aprovechó al vuelo la ocasión—. En Roma circulan muchos rumores sobre él y no todos son halagüenos.

—¿Te refieres a la misteriosa muerte de Servia, su primera esposa?

—Sí, más de una persona me ha contado que fue él quien la mató.

—Fingiré no conocer las ínfimas tabernas que frecuentas de noche —bromeé.

—¿No es en las ínfimas tabernas donde se descubren los secretos de Roma? A decir verdad, fue en un burdel donde me explicaron cómo se supone que Bestia mató a la mujer.

—La muerte de una bella doña con belladona —añadí.

—¿No es gracioso? La mataron con el cosmético que ella usaba para los ojos.

También a mí me habían contado aquella historia. Era el clásico asunto capaz de excitar la curiosidad y el morbo de los romanos. Roma era una ciudad indiscreta y había bastado una simple insinuación susurrada en el foro para que la acusación de que Bestia había envenenado a su esposa se difundiese a la velocidad de un caballo al galope. Un caballo montado por Hortensio, el padre de Servia, quien había llevado al yerno a los tribunales. Según Hortensio, la hija había sido víctima de una maquinación política: durante su discurso había explicado que Bestia tenía en mente emparentarse con Catón de Utica para atraerse el favor del ala estoica del Senado y el único modo de conseguirlo era desposar a Cecilia, hija adoptiva de Marciana, la prima de Catón. Servia, sin embargo, era una esposa intachable, ejemplo de fidelidad: nunca un escándalo, nunca un amante. Sin ningún pretexto para repudiarla, la única manera de librarse de ella era asesinarla. El plan había sido minuciosamente elaborado y llevado a cabo durante un viaje a Egipto, lejos de los ojos indiscretos de la urbe. A Servia la habían envenenado con una dosis letal de belladona, el cosmético que utilizaba para dilatar las pupilas y hacerlas resaltar. La muerte le había sobrevenido entre atroces sufrimientos, tras todo un día de agonía. Entre erupciones cutáneas, hemorragias, pústulas y ampollas, las señales del envenenamiento eran tan evidentes que Bestia había decidido enterrarla en Alejandría en vez de transportar el cadáver a Roma, ocultando así las pruebas del uxoricidio. Había completado su proyecto manumitiendo a los esclavos que habían asistido a Servia hasta su último suspiro, haciéndolos así libres de quedarse para siempre en Egipto, en la práctica ilocalizables para dar testimonio en caso de un posible proceso.

Si Hortensio había señalado la crueldad del delito, contando minuciosamente los detalles de las últimas horas de

Servia, Bestia había elegido un camino mucho más sencillo para defenderse: la corrupción. Al final lo habían exculpado, pero su imagen había quedado igualmente dañada. Ya el gusanillo de la duda había invadido el imaginario colectivo y muchos romanos mostraban escasa confianza en él. Ni siquiera su nuevo matrimonio con Cecilia y el consecuente vínculo con Catón de Utica habían bastado para rehabilitar del todo su nombre.

Lo que no pueden los vínculos familiares, sin embargo, lo puede el tiempo. Habían transcurrido cuatro años desde la muerte de Servia, los suficientes para nublar la memoria de los electores romanos. Después de haber financiado durante dos años consecutivos los juegos públicos, congraciándose así con el pueblo, Bestia había presentado su candidatura al cargo de pretor y estaba listo para convertirse en uno de los protagonistas de la escena política.

Me levanté e indiqué a Antonio que me siguiese. No era respetuoso hacia mi padre tardar demasiado en presentar nuestras condolencias a su huésped. Mientras atravesábamos el peristilo, nos adelantó otro hombre. Llevaba una toga blanca con bordados de color púrpura y caminaba resuelto con el mentón levantado para acentuar su autoridad. Se acercó a Bestia, le estrechó el brazo y le susurró unas palabras de consuelo.

No era ni alto ni bien proporcionado. La cabeza, demasiado grande respecto al cuerpo, le hacía parecer sin cuello. Pasaba de los cuarenta años y se percibían ya algunos mechones grises en la cabellera negra.

No fue difícil reconocerlo: en el foro y en el Senado había visto a menudo su rostro. Se trataba de Lucio Licinio Murena, uno de los cónsules del año anterior. Justo después de las elecciones, poco antes de ocupar el cargo, lo había acusado de corrupción Sulpicio Rufo, el candidato derrotado. Defendido por Craso, Hortensio Hortalo y Cicerón, se había librado, aunque muy probablemente fuera culpable.

Reprimí una carcajada. Para ser un hombre que repetía siempre que quería envejecer lejos de los sucios engranajes de la política, Espurio tenía un modo extraño de seleccionar a sus huéspedes.

Al vernos llegar, Murena levantó el brazo derecho y extendió el índice en el típico saludo romano.

—Flavio Callido, te estábamos esperando —dijo mientras me examinaba de los pies a la cabeza. Arrugó la nariz, pero evitó cualquier comentario despreciativo sobre el hecho de que un cuestor no llevase toga, sino una simple túnica—. Hace tres días que tu padre ya estaba impaciente por volver a verte.

—Me alegra encontrarte aquí, noble Murena, incluso en un momento tan triste —respondí; luego me volví a Bestia, arrodillado junto al cuerpo de Cecilia—. Estoy verdaderamente desolado por lo sucedido a tu esposa.

Bestia se puso en pie para añadir algo, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

—¡Es inútil que hagas el papel de marido destrozado! —exclamó una voz femenina a nuestras espaldas—. Sé muy bien lo que le sucedió anoche a mi hija.

II

Marciana, la madre adoptiva de Cecilia, hizo su entrada en el atrio con andares decididos y el rostro contraído por la rabia. Su furia era palpable y parecía calentar la estancia como un brasero. Llevaba el cabello gris suelto en señal de luto y la estola de lana negra contenía con esfuerzo su figura rechoncha. Parecía un monstruo rugiente y famélico, dispuesto a hincar los dientes en su presa.

—¡Catón será informado de lo que ha sucedido y te llevaremos a los tribunales, Bestia! —gruñó plantándole el índice en la cara—. Esta vez no vas a librarte.

—Marciana, entiendo tu estado de ánimo, pero te aseguro que estás cometiendo un error —se defendió Bestia sin alterarse.

—No te atrevas a mentirme. Antes de morir, anoche, Cecilia fue víctima de otro intento de homicidio, pero sobrevivió por milagro y lanzó acusaciones bien precisas. Es evidente que tú y la mujer que es tu cómplice lo volvisteis a intentar unas horas más tarde, y esta vez conseguisteis vuestro propósito.

—¡Vamos, Marciana! —intervino Murena—. Estaba oscuro y Cecilia pudo haberse confundido. También tú viste lo alterada que estaba cuando los esclavos la pusieron a salvo del incendio que se produjo en su cubículo. Deliraba, decía frases sin sentido.

—¡Calla, Murena! Eres tú quien delira por defender tus mezquinos juegos políticos. También tú eres cómplice de estos y, por tanto, culpable en igual medida.

Noté que Marciana se llevaba a menudo la mano derecha a un pliegue de la estola a la altura del talle. Al principio, pensé que se trataba de un tic nervioso, pero luego me di cuenta de que en aquel lugar llevaba escondido un puñal.

Cuando tuve la impresión de que iba a sacarlo, antes de que la situación degenerase, decidí intervenir. Me interpuse entre ellos y levanté los brazos.

—Un momento —exclamé—. Estoy oyendo acusaciones muy graves y mi cargo de cuestor me obliga a no hacer caso omiso de ellas.

Ante mí tenía a un excónsul, a un futuro pretor y a la prima de Catón, pero conseguí resultar casi creíble; si bien no del todo a juzgar por la mirada de suficiencia que me dirigió Marciana, como si fuese consciente de mi presencia solo en aquel momento. Bestia siguió impertérrito. Murena me escrutó con ojos neutros, pero lo vi parpadear más rápido. Antonio tenía una sonrisa satisfecha y, por un momento, temí que llegase a aplaudir mi iniciativa.

Me había convertido en el centro de atención, todos me miraban de hito en hito y nadie hablaba.

Despotiqué mentalmente maldiciendo mi temeridad. Me había expuesto demasiado. Había actuado por instinto sin calcular las consecuencias, no solo para mí, sino también para mi padre. Si investigaba la muerte de Cecilia, tendría que hacer preguntas incómodas a personas influyentes como Murena y Bestia. Personas capaces de arruinar una carrera e incluso de asesinar con tal de colmar su ambición.

Mi mirada vagaba por los rostros de los presentes intentando leer en ellos. No era el único que intentaba entender algo. Tras una columna, detrás del impluvium, había un muchacho moreno, con el ceño fruncido, que seguía atentamente la escena. Se escondió en cuanto mi mirada se cruzó con la suya.

—El cuestor Flavio, además de ser hijo de Espurio, es un fiel servidor de Pompeyo Magno y, por tanto, digno de la máxima confianza —dijo Murena, rompiendo el momento embarazoso que se había creado—. Nadie tiene más autoridad que él para resolver el misterio. Si ha habido un crimen, debe ser aclarado. Un hombre de mi rango no puede tolerar graves acusaciones como estas: exijo que se investiguen los hechos de anoche.

—Cualquier cosa con tal de acallar estos rumores calumniosos —le hizo eco Bestia.

Dejando atrás la incomodidad, parecía haber encontrado de nuevo el vigor con que arengaba a la multitud en el foro. Había adoptado una expresión altanera y sus movimientos afectados ponían de relieve orgullo y arrogancia.

Marciana volvió la cabeza en mi dirección y me plantó en la cara su mirada inquisitoria.

—Flavio Callido —dijo casi silabeando—. Callido, de callidus, el sagaz. ¿A qué debes un cognomen tan importante?

—Fue Pompeyo Magno en persona quien me lo impuso —respondí casi con vergüenza. No por el origen del nombre que tenía a honra, sino por el tono cargado de sobreentendidos con que se había hecho la pregunta. Marciana estaba intentando entender si podía fiarse de mí—. Estábamos en Creta, durante la campaña contra los piratas. Tuve la fortuna de desenmascarar una conspiración para asesinar a Pompeyo y me gané con ello el apelativo, junto con el cargo de magister equitum, a pesar de mi excesiva juventud para ocuparlo.

Los ojos de Marciana eran inescrutables. Me sopesaba, me traspasaba con la mirada como si quisiera leer en mi corazón.

—Sea pues —dijo al fin—. Flavio Callido, demuestra que mereces el nombre que llevas. Descubre la verdad sobre la muerte de mi hija.